

sino como uno que se ha educado á sí mismo y que tiene experiencia.

268.—*Compasión por la juventud.*

Nos molesta saber que á un joven se le caen ya los dientes ó que otro comienza á ponerse ciego. Si supiésemos todo lo que hay de irretractable y desesperado en toda su naturaleza, ¡cuánto mayor sería nuestro trabajo! ¿Por qué todo eso nos hace *sufrir*? Porque la juventud debe continuar lo que *nosotros* hemos aprendido y el menor menoscabo á su fuerza perjudica á *nuestra* obra cuando cae en sus manos. El dolor sirve de garantía insuficiente de nuestra inmortalidad; ó bien, para el caso en que no nos considerásemos sino como los ejecutores de la misión humana, el dolor consiste en ver que esta misión debe pasar á manos más débiles que las nuestras.

269.—*Las épocas de la vida.*

La comparación de las cuatro estaciones con las cuatro épocas de la vida es una venerable necesidad. La primera veintena de años de la vida, lo mismo que la última veintena, no corresponde á una estación: á menos de que nos contentemos con esa metáfora que compara el color blanco de los cabellos y el de la nieve ú otras diversiones de este género. Los primeros veinte años son una preparación á la vida en general, para el año entero de la vida, como una especie de día de año nuevo prolongado; mientras que la última veintena pasa revista, asimila, ordena y armoniza todo lo que se ha vivido, así como se ha hecho en pequeño, el día de San Silvestre, con todo el año transcurrido. Pero entre esas dos épocas de la vida hay, en

efecto, un período que sugiere esta comparación con las estaciones; es el intervalo que se extiende desde los veinte á los cincuenta años (para contar en conjunto por decenas, siendo así que, como es de suponer, cada cual debe refinar para su propio uso esas limitaciones groseras). Esos treinta años responden á tres estaciones: al verano, la primavera y el otoño. En cuanto al invierno, la vida humana no la tiene, á no ser que se quiera dar el nombre de invierno á esos meses duros, fríos, solitarios, sombríos, estériles, esos *meses de enfermedad* que no son ¡ah! muy raros. De los veinte á los treinta: años calurosos, incómodos, huracanados, años de producción excesiva y de fatiga, en que se celebra el día cuando ha terminado, enjugándose la frente, años en que el trabajo parece duro, pero necesario: esos años son el estío de la vida. Los años de treinta á cuarenta son la *primavera*: atmósfera, ó demasiado caliente, ó demasiado fría, siempre agitada y estimulante; desbordamiento de savia, vegetación lujurante y floración por todas partes, encanto mágico y frecuente de las mañanas y de las noches deliciosas, trabajo en que el canto de los pájaros nos convida al despertar; trabajo que se ama de todo corazón y que es el pleno goce del propio vigor que crece con las esperanzas saboreadas de antemano. Los años de los cuarenta á los cincuenta están, por último, llenos de misterio, como todo lo que es inmóvil, semejante á una vasta meseta de las altas montañas, rozada por una brisa fresca, bajo un cielo puro y sin nubes, que día y noche mira á la tierra con la misma serenidad. Esta es la época de la recolección y de la alegría más cordial; el *otoño* de la vida.

270.—*El espíritu de las mujeres en la sociedad actual.*

¿Cuál es hoy el pensamiento de las mujeres sobre el espíritu de los hombres? Se adivina en la manera cómo éstas se desdennan de subrayar particularmente la intelectualidad de sus rasgos ó los detalles espirituales de su rostro, y más bien que en eso, piensan en otra cosa muy distinta; hacen, por el contrario, lo posible por ocultar esas cualidades y saben darse, cubriéndose, por ejemplo, la frente con sus cabellos, la expresión de una sensualidad y de una materialidad vivas y llenas de apetitos, sobre todo, cuando poseen muy escasamente esas cualidades. Su convicción de que el talento en la mujer asusta á los hombres va tan lejos, que reniegan de buen grado de la perspicacia de la inteligencia para atraerse intencionadamente la reputación de miopía: con eso piensan dar confianza á los hombres; es como si extendiesen á su alrededor la invitación de un dulce crepúsculo.

271.—*Grande y perecedero.*

Lo que conmueve hasta hacer llorar á los que asisten á ese espectáculo es la mirada de alegría extática que una hermosa joven dirige á su marido. Siéntese aquí toda la melancolía del otoño, tanto á causa de la inmensidad como á causa de la inestabilidad de la dicha humana.

272.—*Sentido del sacrificio.*

Algunas mujeres poseen el *intelletto del sacrificio* y no llegan á alegrarse de su vida cuando su esposo no quiere sacrificarla: no saben entonces qué hacer de su razón, é imperceptiblemente, de víctimas se convierten en sacrificadores.

273.—*Poco femenino.*

«Estúpido como un hombre», dicen las mujeres; «cobarde como una mujer», dicen los hombres. La necesidad es en la mujer lo que es *poco femenino*.

274.—*Los temperamentos masculinos y femeninos y la mortalidad.*

El sexo masculino posee peor temperamento que el sexo femenino; eso resulta también del hecho de que los niños varones están más expuestos á la mortalidad que los niños hembras, en apariencia porque aquéllos se exasperan más fácilmente; su salvajismo y su temperamento poco conciliador agrava fácilmente todos los males, hasta hacerlos mortales.

275.—*El tiempo de las construcciones ciclópeas.*

La democratización de Europa es irresistible; el que quiera impedirlo emplea medios que la idea democrática ha sido la primera en poner en manos de cada cual y hace esos medios mismos más cómodos de manejar y más eficaces; los adversarios convencidos de la democracia (quiero decir, los espíritus revolucionarios), no parecen existir, por el contrario, más que para hacer avanzar á los distintos partidos, por el miedo que inspiran, en los caminos democráticos. Puede ocurrir, sin embargo, que se sienta cierta aprensión á la vista de los que trabajan ahora consciente y honradamente á favor de este porvenir; hay algo desolado y uniforme en su rostro, y el polvo gris parece acumularse hasta en su cerebro. A pesar de eso, es muy posible que la posteridad llegue algún día á reirse de nuestros temores y que piense en el traba-

jo democrático de la misma manera que nosotros pensamos en la construcción de los diques de piedra y de los baluartes; como en una actividad que necesariamente derrama polvo sobre los vestidos y sobre los semblantes, y que inevitablemente hace también algo idiotas á los obreros que allí trabajen; mas ¿quién ha de querer que no se hubiera hecho todo esto por esa razón? Parece que la democratización de Europa sea un eslabón en la cadena de esas enormes *medidas profilácticas*, que son la idea de los tiempos nuevos y que nos separan de la Edad Media. ¡Sólo ahora estamos en la época de las construcciones ciclópeas! Por último, poseemos la seguridad de los fundamentos, que permitirá en lo porvenir construir sin peligro. Es imposible, desde luego, que los campos de la cultura sean arrasados en una sola noche por las aguas salvajes y estúpidas de la montaña. Tenemos baluartes y muros de protección contra los bárbaros, contra las epidemias, contra *la servidumbre corporal é intelectual*. Y todo eso entendido primero á la letra y groseramente; pero poco á poco, desde un punto de vista cada vez más elevado y más intelectual, de suerte que todas las medidas indicadas aquí parecen ser la preparación espiritual á la venida del artista superior en el arte de los jardines, que no podrá emprender su verdadera tarea sino cuando esta preparación esté completamente terminada. Es cierto que, dados los grandes espacios de tiempo que separan los medios y el fin y el dolor enorme, un dolor que pone en ejercicio el espíritu y la fuerza de los siglos enteros, y que es necesario para crear ó para traer cada uno de estos medios, no hay que sentir rencor hacia los obreros del presente si decretan en voz alta que el muro y la espaldera son ya el fin, y el fin último; supuesto que na-

die ve al jardinero y á las plantas á causa de las cuales está allí la espaldera.

276.—*El derecho de sufragio universal.*

El pueblo no se ha dado á sí mismo el sufragio universal; dondequiera que éste está en vigor hoy día, lo ha recibido y aceptado provisionalmente: de todos modos, tiene derecho á hacer la restitución si no da satisfacción á sus esperanzas. Eso parece ocurrir ahora: si en cualquier ocasión en que se hace uso de él, apenas dos tercios de electores, y á menudo ni siquiera la mayoría, se presentan á la urna, puede decirse que ese es un *voto* contra todo el sistema en conjunto. Sería preciso juzgar aquí con más severidad todavía. Una ley que determina que la mayoría es la que decide en último recurso del bien de todos, no puede cimentarse sobre una base adquirida precisamente por esta ley; es necesaria una base más amplia, y esta base es *la unanimidad de todos los sufragios*. El sufragio universal no puede ser solamente la expresión de la voluntad de una mayoría; el país entero debe deseárselo. Por eso, la contradicción de una escasa minoría basta ya para hacerlo impracticable; y la *no participación* en un voto es precisamente una de esas contradicciones que derriban todo el sistema electoral. El «veto absoluto» del individuo, ó, para no perderse en minucias, el veto de algunos millares de individuos, se cierne sobre este sistema, y es una consecuencia de la justicia; á cada empleo que se hace del sufragio universal, le sería necesario demostrar, para que se participe de él, que existe todavía *con justo derecho*.

277.—*La mala inducción.*

¡Qué malas conclusiones se saquen en los dominios que no os son familiares, aun cuando, en vuestra calidad de hombres de ciencia, tengáis por costumbre sacar buenas conclusiones! Es vergonzoso decirlo. Y es evidente que, en la gran agitación de las cuestiones contemporáneas, en las cosas de la política, en todo lo que los acontecimientos de cada día tienen de repentino y de atropellado, es precisamente esta forma de *conclusión defectuosa* la que decide; porque nadie es del todo experto en las cosas nuevas que han brotado en una noche; toda política, aun en los más grandes hombres de Estado, es improvisación al azar de los acontecimientos.

278.—*Premisas de la época de las máquinas.*

La prensa, la máquina, el camino de hierro, el telégrafo, son premisas cuya conclusión, que se realizará dentro de mil años, nadie ha osado sacar.

279.—*Un obstáculo de la cultura.*

Aquí los hombres no tienen tiempo para los negocios productivos: el ejercicio de las armas y los traslados les ocupan toda la jornada, y es preciso que el resto de la población les alimente y les vista; pero su traje es vistoso, á menudo de colores variados, como si viniese de una mascarada; aquí se advierten muy pocas cualidades distintivas; los individuos se asemejan más que en ninguna otra parte, ó, al menos, se les exige la obediencia, y se obedece sin comprender; se ordena, pero se guarda uno muy bien de convencer, aquí los castigos son poco frecuentes, pero muy duros; y llegan muchas veces á lo extremo, á lo peor; aquí

la traición se considera como el mayor crimen, los más valientes son los únicos que se atreven á criticar los abusos; aquí la vida tiene poco valor, y la ambición se manifiesta á veces de tal suerte, que pone la vida en peligro. Alguien que oyó decir todo eso exclamó: «Esa es la imagen de una *sociedad bárbara, amenazada de peligro.*» Tal vez habrá alguien que añada: «Es la descripción de Esparta.» Pero otro tomará quizá un aire soñador y sostendrá que esa es la descripción de nuestro militarismo moderno, tal como existe en medio de nuestra civilización y de nuestra sociedad tan distintas: anacronismo viviente, imagen, como he indicado, de una sociedad bárbara, amenazada de peligro, obra póstuma del pasado, que, para los rodajes del presente, no puede tener otro valor que el de una traba. Pero ocurre á veces que la cultura necesita en absoluto de un obstáculo: cuando declina demasiado rápidamente, ó bien, como en nuestro caso, cuando *se eleva* demasiado rápidamente.

280.—*No más respeto por las competencias.*

Con la concurrencia que se hace en el trabajo y entre los vendedores, el público es el que se hace juez del oficio; pero el público no posee competencia rigurosa, y juzga según la *apariencia*. Por consiguiente, el acto de anunciarse y acaso también el gusto, se desarrollarán bajo el dominio de la concurrencia; pero la calidad de los productos deberá aminorarse. Luego, para que la razón no pierda su valor, habrá que poner fin á esta maniobra un día ú otro, é instituir un principio nuevo que dominará. Solo el patrón de oficio debiera juzgar las cosas del oficio, y el público debiera conformarse á ese juicio, confiando en la *persona* y en la lealtad del juez. ¡Entonces no más traba-

jo anónimo! Sería necesario, al menos, que un perito pudiese garantizar ese trabajo y dar su nombre en prenda, cuando el autor es oscuro ó permanece ignorado. La *baratura* de un objeto engaña al profano de otra manera, porque sólo la duración puede decidir si el precio del objeto es verdaderamente módico; pero es difícil y hasta imposible para el profano apreciar esta duración. Luego, lo que hace efecto para la vista y lo que es de un precio módico, vence ahora en la balanza; y esto será, naturalmente, el trabajo de máquina. Por otra parte, la máquina, es decir, la causa de la mayor rapidez y de la facilidad en la fabricación, favorece también al objeto más *vendible*; de lo contrario, no se obtendría con ella un beneficio sensible; se le utilizaría muy poco, y se paralizaría á menudo. Pero como el público es quien decide de lo que es más vendible, escogerá los objetos de mejor apariencia, es decir, lo que *parece* bueno y lo que parece *barato*. Luego en el dominio del trabajo, nuestra divisa debe ser también: «¡no más respeto por las capacidades!»

281.—*El peligro de los reyes.*

Sin violencia, y sólo por una presión constante y legal, la democracia está en condiciones de *hacer inútiles* el imperio y la realeza, hasta que no quede de ellos más que un cero. Se puede, si se *quiere*, concederles la significación de todo cero que, por sí mismo, no es nada, pero que, colocado á la derecha de un número, duplica su valor. El imperio y la realeza seguirán siendo ornamentos magníficos sobre el traje sencillo y práctico de la democracia, lo superfluo que ésta se permite, la reliquia histórica y venerable de un atavío ancestral, el símbolo mismo de la historia; y esta

situación única sería de gran efecto si no estuviese aislada, sino colocada en buen lugar. Para impedir ese peligro de la *excavación*, los reyes se agarran ahora con furia á su dignidad de jefes supremos del ejército; para poner de relieve esta dignidad, necesitan fuerzas, es decir, situaciones excepcionales en que se paralice esta lenta presión legal de las fuerzas democráticas.

282.—*El profesor es un mal necesario.*

¡Cuán pocas personas debe haber entre los espíritus productivos y los que tienen sed de recibir! Porque los *intermediarios* falsifican casi involuntariamente el alimento que transmiten; además, en recompensa de su mediación, exigen demasiado *para ellos*: interés, admiración, tiempo, dinero y otras cosas, de que se priva, por consiguiente, á los espíritus originales y productores. Hay que considerar siempre al profesor como un mal necesario, lo mismo que se hace con el comerciante; un mal que debe hacerse lo más *insignificante* posible. Las condiciones defectuosas que existen hoy en Alemania tienen quizá su razón principal en el hecho de que hay demasiadas personas que quieren vivir, y vivir bien, del comercio, y que tratan, por consiguiente, de rebajar lo más posible los precios del productor, para sacar ventaja del gran daño que ambos sufren. De igual manera, se puede encontrar seguramente una de las razones de la miseria de las circunstancias intelectuales en el número exagerado de profesores: á causa de ellos se aprende tan poco y tan mal.

283.—*La contribución del aprecio.*

Nos gusta pagar al que conocemos, sea médico, artista ó artesano, cuando ha trabajado ó hecho alguna cosa para nosotros, y pagarle lo más caro que podamos, muchas veces más de lo que resiste nuestra fortuna. Por el contrario, á un desconocido le pagamos al mínimo precio posible. Hay aquí una lucha en que cada uno conquista ó se deja elevar una pulgada de terreno. En el trabajo de aquel á quien conocemos hay algo que no podríamos retribuir: el sentimiento y la ingeniosidad que éste ha desplegado á favor nuestro; no creemos poder expresar la impresión que sentimos de otra manera que por una especie de *sacrificio* de parte nuestra. La contribución más gravosa es *la contribución del aprecio*. Cuanto más reina la competencia, más se compra á los desconocidos; y cuanto más se trabaja para desconocidos, más despreciable se hace esta contribución; pero da precisamente la norma para las reacciones humanas *de alma á alma*.

284.—*Los medios para llegar á la paz verdadera.*

Ningún gobierno confiesa hoy día que sostiene su ejército para satisfacer en ciertas ocasiones sus ansias de conquista. El ejército debe, por el contrario, servir para la defensa. Para justificar este estado de cosas, invócase una moral que aprueba la legítima defensa. Resérvase así uno la moralidad, y atribúyese al vecino la inmoralidad, porque hay que imaginar á éste dispuesto al ataque y á la conquista, si el Estado de que se forma parte debe verse en la necesidad de acudir á los medios de defensa. Además se acusa á otro que, lo mismo que nuestro Estado, niega la intención

de atacar, y no mantiene tampoco su ejército más que por ocasiones de defensa, por los mismos motivos que nosotros; se le acusa, digo, de ser un hipócrita y un criminal astuto que quisiera arrojarse, sin ninguna clase de lucha, sobre una víctima inofensiva é inepta. En estas condiciones se encuentran hoy día los Estados unos frente á otros; admiten las malas intenciones en el vecino, y se atribuyen buenas intenciones. Pero esa es una *inhumanidad* tan nefasta y peor que la guerra; es ya una provocación y hasta un motivo de guerra, porque se atribuye la inmoralidad al vecino, y con eso parecen despertarse los sentimientos hostiles. Hay que renegar de la doctrina del ejército como medio de defensa tan categóricamente como de los deseos de conquista. Y llegará tal vez un día, día grandioso, en que un pueblo distinguido en la guerra y en la victoria por el supremo desarrollo de la disciplina y de la inteligencia militares, habituado á hacer los más graves sacrificios ante estas cosas, exclame libremente: «¡Rompamos la espada!», destruyendo así toda su organización militar hasta en sus cimientos. *Hacerse inofensivos, cuanto más temible se es*, guiado por la *elevación* del sentimiento: ese es el medio para llegar á la *paz verdadera*, que debe basarse en una disposición pacífica de ánimo, mientras que lo que se llama la paz armada, tal como se practica ahora en todos los países, responde á un sentimiento de discordia, á una falta de confianza en sí y en el vecino, é impide deponer las armas, ya por odio, ya por temor. Antes morir que odiar y temer, y *antes morir dos veces que dejarse odiar y temer*: ¡esa habrá de ser algún día la máxima suprema de toda sociedad bien cimentada! Sabido es que nuestros liberales representantes del pueblo no tienen tiempo para reflexionar en la

naturaleza del hombre; de lo contrario, sabrían que trabajan en vano si se dedican á «una disminución gradual de los cargos militares». Al contrario, sólo cuando esa clase de miseria sea mayor, estará más cerca la única clase de dios que podrá ayudar. El árbol de la gloria militar no podrá destruirse más que una sola vez, por un solo rayo: y el rayo, como sabéis, viene de las alturas.

285.—¿Puede equilibrarse la propiedad por la justicia?

Cuando se siente con energía la injusticia de la propiedad (la gran aguja marca de nuevo esta hora en el cuadrante del tiempo) se señalan dos medios para remediarla: por una parte, un reparto igual de la fortuna, y por otra parte, la supresión de la propiedad y el retorno de toda posesión á la comunidad. Este último procedimiento es el que siguen nuestros socialistas, que sienten un rencor particular contra ese judío antiguo que decía: «No robarás.» Según ellos, el séptimo mandamiento debiera, por el contrario, estar concebido en estos términos: «No poseerás.» En la antigüedad se hicieron á menudo tentativas conformes á la primera receta; en pequeño, verdad es, aunque con un mal éxito, que puede estar lleno de esperanzas para nosotros. Es fácil decir: «porciones iguales de terreno»; pero ¡cuánta amargura engendran las separaciones y los rompimientos que hace necesarios esta repartición, y cuánta piedad ofendida y cuánto sacrificio causa la pérdida de la antigua propiedad venerable! Se destruye la moralidad cuando se destruyen los límites que separan las tierras. Y después de eso, ¡qué amargura nueva entre los nuevos propietarios, qué envidia, qué miradas ansiosas! Porque nunca hubo porciones de terreno verdaderamente igua-

les, y, si existiesen, el espíritu envidioso de los bienes del vecino no creería en ellas. Y ¿cuánto tiempo duraría esta igualdad malsana, envenenada desde un principio? Después de algunas generaciones, una sola porción de terreno sería transmitida por herencia á cinco individuos diferentes; además, cinco porciones se reunirían en un solo individuo. Y, en el caso en que se evitasen esos inconvenientes, por severas leyes de herencia, las porciones de terreno continuarían, verdad es, siendo iguales, pero siempre quedarían necesitados y descontentos que no poseyesen cosa alguna más que su envidia hacia los bienes del vecino, y su deseo de la destrucción de todas las cosas. Si, por el contrario, con arreglo á la segunda receta se quiere reducir la propiedad á los *bienes comunales* y no hacer del individuo más que un arrendador provisional, se destruye la tierra cultivada. Porque el hombre sólo tiene previsión con lo que posee de un modo pasajero; en caso contrario, no hace sacrificio y obra como explotador, como bandido ó como miserable derrochador. Si Platón supone que la supresión de la propiedad suprimiría el egoísmo, hay que responderle que después de la destrucción de éste no subsistirán las virtudes cardinales del hombre; del mismo modo que se debe afirmar que la peor peste no podría causar á la humanidad tanto mal como si se hiciese desaparecer la vanidad. Sin vanidad y sin egoísmos, ¿qué son las virtudes humanas? Con eso no quiero decir que éstas no sean más que disfraces de aquéllos. La melodía fundamental y utópica de Platón que los socialistas continúan cantando, se funda en un conocimiento imperfecto del hombre; pasa por alto la historia de los sentimientos morales; no revela penetración en el asunto del origen de las buenas cualidades útiles del

alma humana. Del mismo modo que toda la antigüedad, Platón creía en el bien y en el mal, como en lo blanco y en lo negro; por consiguiente, como en una diferencia radical entre los hombres buenos y los hombres malos, entre las buenas cualidades y las malas cualidades. Para que en lo porvenir se tenga más confianza en la propiedad y ésta se haga más moral, es preciso proporcionar todos los medios de trabajo que dan fortunas *pequeñas*, é impedir el enriquecimiento fácil y súbito; habría que quitar de las manos de los particulares todas las ramas del transporte y del comercio que favorezcan la acumulación de las *grandes* fortunas y ante todo el tráfico de dinero; y habría que considerar á los que poseen demasiado, como seres peligrosos para la seguridad pública, lo mismo que á los que no poseen nada.

286.—*El valor del trabajo.*

Si se quisiese determinar el valor del trabajo según el tiempo, la aplicación, la buena ó mala voluntad, la violencia, la ingeniosidad ó la pereza, la honradez ó la perfidia que se ha desplegado en él, nunca podría ser *justa* la apreciación del valor, porque habría que poder poner en la balanza á la persona misma, lo cual es imposible. Se trata de decir: «¡No juzguéis!» Pero ese es precisamente el grito de justicia que ahora oímos entre los que están descontentos de la evaluación del trabajo. Si se da un paso más mentalmente, se observa que cada individuo es irresponsable de su producto; el trabajo: nunca, por consiguiente, puede deducirse de él un mérito, pues todo trabajo es tan bueno ó tan malo como debe serlo, según la constelación necesaria de las fuerzas y de las debilidades, de los conocimientos y de los deseos. No depende de la

buena voluntad del trabajador si trabaja y cómo trabaja. Sólo los puntos de vista de la *utilidad*, puntos de vista más limitados ó más amplios, han creado los cálculos del valor del trabajo. Lo que hoy llamamos justicia está muy en su lugar en ese dominio, pues es una utilidad en extremo refinada, que no se refiere sólo al momento y aprovecha la ocasión, sino que piensa en la estabilidad de todas las situaciones, y que, por esta razón, tiene también en cuenta el bien del trabajador su contento material y moral; á fin de que él y sus descendientes continúen trabajando para nuestros descendientes, y á fin de que podamos tener confianza en él por más espacio de tiempo que el de una sola vida humana. La *explotación* del trabajo era, como hoy comenzamos á darnos cuenta, una tontería, un robo en detrimento del porvenir, un peligro para la sociedad. Ahora se ha llegado casi á la guerra por esto; y, en todos los casos, los gastos necesarios para conservar la paz, para firmar tratados y para inspirar confianza, serán en extremo exorbitantes, porque la locura de los explotadores fué muy arrebatada y de larga duración.

287.—*Del estudio del cuerpo social.*

Lo más molesto que hay para el que quiera hoy día estudiar en Europa, y especialmente en Alemania, la Economía y la Política, es que las verdaderas circunstancias, en vez de ejemplificar las reglas, acusan un *estado de transición ó de decadencia*. Por eso hay que aprender primero á mirar más allá de lo que existe verdaderamente, para detener la mirada en la lejanía, por ejemplo, en la América del Norte, donde se pueden seguir con la vista y examinar los movimientos primitivos y normales del cuerpo social, si así se